SSOAR
Open Access Repository
www.ssoar.info

Amor

Voltaire

Veröffentlichungsversion / Published Version
Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:
Voltaire (1991). Amor. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, *36*(143), 93-98. https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.143.51940

Nutzungsbedingungen:
Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de

Terms of use:
This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

gesis Leibniz-Institut für Sozialwissenschaften

Mitglied der Leibniz-Gemeinschaft

Diese Version ist zitierbar unter / This version is citable under:
https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-60737-8

Es evidente que la simpatía o la comunicación de las pasiones no tiene menos lugar entre los animales que entre los hombres. Miedo, cólera, valor y otras afecciones son comunicadas frecuentemente de un animal a otro sin conocimiento de la causa que produjo la pasión originaria. La pena también la sienten por simpatía, y produce casi todas las mismas consecuencias y excita las mismas emociones que en nuestra especie. Los aullidos y lamentaciones de un perro producen un sensible interés en sus congéneres, y es notable que, aunque casi todos los animales usan en el juego los mismos miembros y aproximadamente la misma acción que en la lucha —un león, un tigre, un gato, sus garras; un buey, sus cuernos; un perro, sus dientes; un caballo, sus cascos—, evitan cuidadosamente el herir a su compañero, aun cuando no tienen que temer su resentimiento, lo que es una prueba evidente de la experiencia que los animales tienen del dolor o placer de los otros.

Todo el mundo ha observado cuánto más se animan los perros cuando cazan juntos que cuando persiguen la caza separados, lo que evidentemente no puede proceder sino de la simpatía. Es también muy conocido de los cazadores que este efecto tiene lugar en un mayor grado, y aun en un grado demasiado alto, cuando se juntan dos jaurías que son extrañas entre sí. Quizá no podríamos explicar estos fenómenos si no tuviéramos experiencias de otros similares en nosotros mismos.

La envidia y la malicia son pasiones muy notables en los animales. Son quizá más corrientes que la piedad, por requerir menos esfuerzo de pensamiento e imaginación.

Hume, David,
Tratado de la naturaleza humana,
México, Ed. Porrúa,
colección Sepan Cuántos, 1978.

AMOR

Voltaire

Amor. Se dan tantas clases de amor que no sabemos a cuál de ellas referirnos para definirlo. Se llama falsamente amor al capricho de algunos días, a una relación inconsistente, a un sentimiento al que no acompaña la estima, a una costumbre fría, a una fantasía novelesca, a un gusto seguido de un rápido disgusto... en suma, se otorga ese nombre a un sinfín de quimeras.

Si algunos filósofos tratan de examinar a fondo esta materia poco filosófica que estudien el *Banquete,* de Platón en el que Sócrates, amante honesto de Alcuzades y de Agatón, conversa con ellos sobre la metafísica del amor. Lucrecio habla del amor físico, y Virgilio sigue las huellas de Lucrecio.

El amor es una tela que borda la imaginación. ¿Quieres formarte idea de lo que es el amor? Contempla los gorriones y los palomos que hay en tu jardín, observa al toro que se aproxima donde está la vaca, y al soberbio caballo que dos mozos llevan hasta la yegua que apaciblemente le está esperando y al recibirle menea la cola; observa cómo chispean sus ojos, escucha sus relinchos, contempla sus saltos, sus orejas tiesas, su boca que se abre nerviosamente, la hinchazón de sus narices y el aire inflamado que

de ellas sale, sus crines que se erizan y flotan y el movimiento impetuoso que los lanza sobre el objeto que la naturaleza les destinó. Pero no los envidies, porque debes comprender las ventajas de la naturaleza humana, que compensan en el amor todas las que natura concedió a los animales: fuerza, belleza, ligereza y rapidez.

Hay animales que no conocen el goce, como los peces que tienen concha; la hembra deja sobre el légamo millones de huevos y el macho que los encuentra pasa sobre ellos y los fecunda con su simiente, sin conocer ni buscar a la hembra que los puso.

La mayor parte de los animales que se aparean no disfrutan más que por un solo sentido, y cuando satisfacen su apetito termina su amor. Ningún animal, excepto el hombre, siente inflamarse su corazón al mismo tiempo que se excita la sensibilidad de todo su cuerpo; sobre todo, los labios gozan de una voluptuosidad que no fatiga, y de ese placer sólo goza la especie humana. Es más, ésta, en cualquier época del año puede entregarse al amor; los animales tienen su tiempo prefijado. Si reflexionas y te haces cargo de estas preeminencias, exclamarás con el conde de Rochester: "El amor, en un país de ateos, es capaz de conseguir que adoren a la divinidad".

Como los hombres recibieron el don de perfeccionar todo lo que la naturaleza les concedió, llegaron a hacerlo con el amor. La limpieza y el aseo, haciendo la piel más delicada, aumentan el deleite que causa el tacto, y el cuidado que se tiene para conservar la salud hace más sensibles los órganos de la voluptuosidad. Los demás sentimientos se entremezclan con el del amor como los metales se amalgaman con el oro; la amistad y el aprecio lo favorecen, y la belleza del cuerpo y la del espíritu le añaden nuevos atractivos. Sobre todo, el amor propio estrecha esos lazos, porque el amor propio se encomia a sí mismo por la elección que hizo y las múltiples ilusiones que hace nacer, y embellece la obra cuyos cimientos inició la naturaleza.

Tales ventajas tienen los hombres sobre los animales. Si aquéllos disfrutan placeres que éstos desconocen, sufren en cambio pesares de los que las bestias no tienen la menor idea. Lo más terrible para el hombre es que la naturaleza haya emponzoñado en las tres cuartas partes del mundo los placeres del amor y los manantiales de la vida con esa enfermedad venérea espantosa que a él sólo ataca y a él sólo infecta los órganos de la generación.

De esta enfermedad no puede decirse que, como otras afecciones, es consecuencia de nuestros excesos. No es la relajación la que la introdujo en el mundo. Friné, Lais y Mesalina no sufrieron esa enfermedad, que trajeron de las islas de América, donde los hombres vivían en estado de inocencia, y se extendió por el Viejo Mundo.

Si de algo pudo acusarse a la naturaleza de contradecirse en su plan y de obrar contra sus propias miras es por haber difundido esa tremenda calamidad que sembró en la tierra la vergüenza y el horror. Si César, Antonio y Octavio no conocieron esa enfermedad, causó en cambio la muerte de Francisco I.

Los filósofos eróticos suscitaron la cuestión de si Eloisa pudo seguir amando verdaderamente a Abelardo cuando después de castrado fue fraile. Yo creo que Abelardo siguió siendo amado; la raíz del árbol cortado conserva siempre un resto de savia y la imaginación ayuda al corazón. Nos complacemos en continuar sentados a la mesa cuando no comemos ya. ¿Es esto amor?, ¿es un simple recuerdo?, ¿es amistad? Es un no sé qué compuesto de todo ello, un sentimiento confuso semejante a las pasiones fantásticas que los muertos conservaban en los Campos Elíseos. Los atletas que durante su vida habían triunfado en las carreras de carros, después de muertos guiaban carros imaginarios. Allí Orfeo creía cantar aún. Eloisa vivía con Abelardo de ilusiones; ella le acariciaba con la imaginación algunas veces, con el placer superior

que debía producirle haber hecho en el Paracleto voto de no amarle, y sus caricias debieron ser más deleitosas porque eran más culpables. La mujer no puede concebir pasión por un eunuco, pero puede conservar el cariño a su amante si por amarle le castran.

No sucede lo mismo al amante que envejeció al pie del cañón. De su exterior apuesto nada queda, sus arrugas repelen, su pelo blanco retrae, los dientes que le faltan desagradan, y todo cuanto puede hacer la mujer amada, siendo virtuosa, se reduce a ser su enfermera y a soportar que le ame, dedicándose a enterrar a un muerto.

Amor a Dios. Las disputas sobre el amor a Dios han encendido tantos odios como las teológicas. Los jesuitas y los jansenistas anduvieron a la greña durante cien años para probar cuál de las dos sectas adoraba a Dios de forma más conveniente y ver cuál de ellas causaría más daño a su prójimo. Ejemplo, Fenelón y Bossuet.

Desde que el autor del *Telémaco,* que comenzaba a descollar en la corte de Luis XIV, pretendió que se amara a Dios de modo diferente al autor de las *Oraciones fúnebres,* éste, que era muy pendenciero, le declaró la guerra y consi- guió que anatemizaran a aquél en la antigua ciudad de Rómulo, donde Dios es siem-pre el objeto más amado después de la dominación, la riqueza, la ociosidad y el placer.

Si Madame Guyon hubiera sabido el cuento de la bendita vieja que llevaba una tea para quemar el paraíso y un cántaro de agua para apagar el fuego del infierno, con la idea de que sólo amaran a Dios por sí mismo, quizá no habría escrito tantas obras porque hubiera comprendido que con un sinfín de palabras no podía decir tanto como la vieja de marras en pocas. Pero Madame Guyon amaba tan fanáticamente a Dios y los galimatías, que su acendrada ternura la llevó cuatro veces a la cárcel. Procedieron con ella con injusticia y con demasiado rigor. ¿Por qué castigaron como criminal a una pobre mujer que no cometió otro crimen que el de escribir versos parecidos a los del abate Cotin, y prosa de tan dudoso gusto como la de Polichinela? Es extraño que el autor del *Telémaco* y de los desangelados amores de Eucaris dijera en sus *Máximas de los santos,* después del bienaventurado Francisco de Sales: "Casi no tengo deseos, pero si volviera a nacer, absolutamente no tendría ninguno. Si dios viniera hacia mí, yo también iría hacia El". Sobre esa proposición versa todo el libro, y por ella no condenaron a san Francisco de Sales, pero sí a Fenelón. ¿Por qué? Porque san Francisco de Sales no tuvo un enemigo poderoso y violento en la corte de Turín mientras Fenelón, en cambio, lo tuvo en Versalles.

Si pasamos de las espinas de la teología a las de la filosofía, menos largas y punzantes, parece indudable que se puede amar un objeto sin que se interese el amor propio. No podemos parangonar las cosas divinas con las terrestres, ni el amor de Dios con ningún otro amor. Y esto porque nos faltan un sinfín de escalones para ascender desde las inclinaciones humanas a ese amor sublime. Pero a falta de otro punto de apoyo que la tierra, de ella debemos sacar nuestras comparaciones. Cuando contemplamos una obra maestra de pintura, de escultura, de poesía o de elocuencia o cuando oímos una música que encanta los oídos y el alma, la admiramos y la queremos. Sin que el amor ni la admiración nos aporten la menor ventaja, experimentamos un pensamiento puro que algunas veces llega hasta la veneración.

Este es poco más o menos el único modo de explicar la profunda admiración y el entusiasmo que nos produce el eterno Arquitecto del mundo. Contemplamos la obra con un asombro mezclado de respeto y anonadamiento, porque el corazón se eleva hasta donde puede y se acerca cuanto le es posible al artista.

Ahora bien, ¿qué sentimiento es ese? Un no sé qué vago e indeterminado, un pasmo

que no se parece a nuestras afecciones ordinarias. Esa afección espiritual, ¿merece ser censurada? ¿Pudo condenarse por ella al tierno obispo de Cambray? ¿Pudo reprochársele alguna herejía? ¿En qué pecó? En nuestros días, su castigo es incomprensible y la disputa que tuvo con Bossuet pasó y se olvidó como otras muchas.

Amor propio. Nicole, en sus *Ensayos de moral,* escritos después de publicarse dos o tres mil volúmenes de la misma materia, dice que "por medio de ruedas y patíbulos establecidos en común deben reprimirse los pensamientos y los designios tiránicos del amor propio de cada cual".

No me ocuparé de si se pueden tener patíbulos en común, como se tienen prados y bosques, ni si con ruedas de tortura se pueden reprimir los pensamientos, pero sí diré que es muy extraño que Nicole tome por equivalentes el robo perpetrado en camino real y el asesinato por amor propio. Es preciso distinguir mejor una cosa de otra. El que dijera que Nerón hizo asesinar a su madre por amor a sí mismo, y que el bandido Cartouche estaba dotado de amor propio excesivo se expresaría incorrectamente. El amor propio no es una maldad, es un sentimiento natural en todos los hombres y está más cerca de la vanidad que del crimen.

Un mendigo que se situaba en las cercanías de Madrid pedía limosna con altivez. Un viandante le espetó: "No os da vergüenza ser un holgazán, ¿pudiendo, como podéis, trabajar?" "Señor —le contestó el mendigo—, os pido dinero y no consejos." Y dicho esto, le volvió la espalda conservando toda la dignidad castellana. Era un mendigo más orgulloso que el señor, cuya vanidad se ofendió sin motivo. Pedía limosna por amor a sí mismo y no consentía que le reprimiera otro amor propio.

Un misionero que viajaba por la India se encontró con un faquir cargado de cadenas, desnudo como un mono y acostado boca abajo, recibiendo vergajazos por los pecados cometidos por sus coterráneos, y éstos a cambio le daban algunas monedas. "¡Qué manera de renunciar a su amor propio!", exclamó uno de los espectadores. "No renuncio a mi amor propio —replicó el faquir—. Sabed que si me dejo azotar en este mundo es para devolveros los azotes en el otro, cuando vosotros seáis caballos y yo jinete."

Los que creen que el amor a sí mismo es la base de los sentimientos y de las acciones de los hombres, tienen razón en España, en la India y en todo el mundo habitado. Y así como nadie escribe para probar que tiene rostro, tampoco se necesita escribir para probar que se tiene amor propio, instrumento de la propia conservación y semejante al instrumento de la perpetuidad de la especie. Dado que éste nos es necesario, nos causa placer y por esto lo ocultamos.

Amor Socrático. Si el amor que se llama *socrático* y *platónico* fuera un sentimiento honesto, lo alabaríamos, pero como fue relajación debe sonrojarnos Grecia porque lo prohijó.

¿Cómo es posible que sea natural un vicio que destruiría al género humano si hubiera sido general y que constituye un atentado infame contra la naturaleza? Parece que debía ser el último escalón de la corrupción reflexiva y, no obstante, lo sienten ordinariamente los que aún no han tenido tiempo para corromperse, pues penetró en seres jóvenes antes de que conocieran la ambición, el fraude y la sed de riqueza. La juventud, ciega por un instinto no definido, se precipita en esos desórdenes al salir de la infancia lo mismo que se precipita en el onanismo.

La inclinación que uno a otro se tienen los dos sexos se declara casi en la pubertad. Pero, dígase lo que se quiera de las africanas y de las mujeres del Asia meridional, esa

inclinación es generalmente más fuerte en el hombre que en la mujer; es una ley que la naturaleza infundió en todos los animales y el macho siempre ataca a la hembra.

Los jóvenes machos de nuestra especie, cuando se educan juntos, sintiendo esa clase de impulso que la naturaleza empieza a desarrollar en ellos, y no encontrando el objeto natural al que debe atraernos su instinto, se arrojan sobre un objeto parecido, con frecuencia algún mozalbete. En la frescura de la piel, en el brillo de sus colores y en la dulzura de sus miradas, durante dos o tres años el mocito se parece a una hermosa jovenzuela. Si el joven le ama es porque la naturaleza se equivoca. Rinde homenaje al sexo femenino queriendo ver en él la belleza que posee éste, pero cuando la edad desvanece el parecido el engaño cesa. Sabido es que esa equivocación de la naturaleza es mucho más común en los climas cálidos que en los fríos, porque en aquéllos la sangre está más encendida y las ocasiones se encuentran con más frecuencia. Así, lo que es debilidad en el joven Alcibíades, es una abominación que da asco en un marinero holandés y un cantinero ruso.

No puedo tolerar a los que quieren hacernos creer que los griegos autorizaron esta licencia. Para probarlo se cita al legislador Solón, porque dijo lo que en dos versos malos tradujo al francés Aymot:

Tu chèriras un beau garñçon,
Tant qu'il n'aura barbe au menton.

Pero, ¿creéis de buena fe que solón era legislador cuando pronunció las anteriores palabras? Entonces era un joven disoluto, y cuando más tarde llegó a ser sabio no puso semejante infamia en ninguna de las leyes de su república.

También se ha abusado del texto de Plutarco, que entre las charlatanerías del *Diálogo de amor* hace que uno de los interlocutores diga que las mujeres *no merecen el verdadero amor,* y otro interlocutor es partidario de las mujeres y las defiende; pues también en ese diálogo han tomado la objeción como máxima decisiva. Es seguro que el amor socrático no fue un amor infame: la palabra *amor* hizo incurrir en esa equivocación. Los que entonces se llamaban *amantes de un hombre joven* eran precisamente lo que son entre nosotros los gentiles hombres que sirven a los príncipes que participan de sus mismos trabajos militares. Institución guerrera y santa de la que se abusó, como se ha abusado de los saraos nocturnos y de las orgías.

La institución de los amantes que creó Lacus era una especie de ejército invencible de guerreros jóvenes que se comprometían mediante juramento a perder la vida unos por otros: nunca hubo institución tan hermosa en la disciplina antigua.

Sexto Empírico y otros, dicen que la leyes de Persia recomendaban semejante vicio, pero no citan el texto de la ley ni nos presentan el código de los persas, y aunque en él se encontrara esa abominación tampoco la creería; diría que no es verdadera por la poderosa razón de que no es posible. No, no es posible que la naturaleza humana promulgue una ley que contradiga y ultraje a su propia naturaleza, una ley que destruiría al género humano si se cumpliera al pie de la letra. Pero ya que no me enseñáis ese código, yo os mostraré la antigua ley de los persas, incluida en el *Sadder,* que en su artículo noveno dice que *no existe en el mundo mayor pecado.* Un escritor moderno trató de justificar a Sexto Empírico y la sodomía, pero las leyes de Zoroastro, que él no conoce, presentan la prueba irrecusable de que los persas no recomendaron nunca ese vicio. Lo mismo podían decir que se recomendaba a los turcos porque éstos lo cometen, pero sus leyes lo castigan. Hay comentaristas que han tomado costumbres vergonzosas y toleradas por verdaderas leyes del país. Sexto Empírico, que dudaba de

todo, podía muy bien haber dudado de semejante jurisprudencia. Si hubiera vivido en nuestros días y sabido que dos o tres jesuitas habían abusado de sus discípulos, ¿se hubiera creído con derecho para sentar que les permitían esta infamia las Constituciones de Ignacio de Loyola? Séame permitido hablar en este artículo del *amor socrático* que se apoderó del reverendo padre Policarpo, carmelita calzado de la localidad de Gex, que el año 1771 enseñaba religión y latín a una docena de jóvenes casi niños. Era al mismo tiempo su confesor y su maestro, y luego ejerció con ellos voluntariamente *otro empleo,* dedicando todo su tiempo a ocupaciones espirituales y corporales. Cuando se descubrió su tejemaneje huyó a Suiza, país que está muy lejos de Grecia. Esos tejemanejes son bastante comunes entre maestros y discípulos. Los frailes, encargados de educar a la juventud, siempre fueron aficionados a la sodomía, consecuencia necesaria del celibato a que se ven condenados.

Los señorones turcos y persas, según tenemos entendido, eligen eunucos para que eduquen a sus hijos. Extraña alternativa para un maestro, ¡ser castrado o sodomita!

Amarse los hombres unos a otros llegó a ser normal en Roma, donde no se atrevieron a castigar esa infamia porque la cometía casi todo el mundo. Augusto, asesino relajado y cobarde, que se atrevió a desterrar a Ovidio, encontraba bien que Virgilio cantase al efebo Alexis y que Horacio escribiera odas en metro menor a Ligurino. El mismo Horacio, que elogiaba a Augusto por haber reformado las costumbres, proponía a éste en una de sus composiciones satíricas que amara indistintamente a un jovenzuelo y a una muchacha. Y a pesar de ello, ¡la antigua ley Seantinia, que prohíbe la sodomía, subsistió siempre en Roma! El emperador Filipo la puso en vigor y expulsó de Roma a los mozuelos que se dedicaban a tan infame oficio. Si hubo allí poetas espirituales y licenciosos al mismo tiempo, como Petronio, también hubo profesores tan virtuosos como Quintiliano. Añadiré, para terminar, que no creo que ninguna nación civilizada sea capaz de dictar leyes contrarias a las buenas costumbres.

Voltaire,
Diccionario filosófico, Tomo 1,
México, Editorial Daimón, 1980.

DEL ENAMORARSE
"¡DIOS MIO, QUE LOCOS SON ESTOS MORTALES!"

Robert Louis Stevenson

Hay un solo acontecimiento en la vida del hombre que realmente le deje atónito y eche por tierra sus preconcebidas opiniones. Todo lo demás le va ocurriendo, más o menos, como él esperaba. Los hechos se van sucediendo unos a otros con una agradable variedad, es cierto, pero sin nada que sea sorprendente o especialmente intenso: no forman más que una especie de fondo o de acompañamiento, siempre renovado, para las propias reflexiones. Y el hombre llega así, con toda naturalidad, a una fría, curiosa y sonriente constitución mental y se forma un concepto de la vida según el cual espera que el día de mañana ha de estar formado por los mismos moldes de ayer y de hoy. Puede estar acostumbrado a las extravagancias de sus amigos y conocidos bajo la